

Noticias buenas

para tiempos nuevos



El momento actual de la vida de la Iglesia nos habla de nuevas relaciones entre los que la componemos. Unas relaciones que nos llevan a una mayor comunión.

El documento «En torno a la misma mesa» nace de la vida. La fuerza que lo anima y la iniciativa de la que parte, es la experiencia de muchos laicos y laicas de todo el mundo que sienten que Dios les llama a una vocación: ser laicos maristas. Se ha elaborado partiendo de noventa y dos testimonios de laicos de todo el mundo, algunos de los cuales aparecen en el texto. Ha sido el material básico desde el que se ha descrito la vocación laical marista y los elementos que la componen.

«En torno a la misma mesa», aunque centrado en la vocación laical marista, está dirigido a todos, hermanos y laicos. No importa si están en búsqueda, si conocen la vida marista desde hace poco o si la viven desde hace años. Se quiere ofrecer un instrumento para experimentar, para interrogarse, para profundizar en lo que se vive, para decidir y seguir caminando.

La imagen y la experiencia de la mesa compartida es el gran símbolo que propuso Jesús para explicar el Reino de Dios. La mesa de la Eucaristía nos reúne en torno a Él y le hace presente después de dos mil años. De modo semejante, la mesa sencilla de La Valla representa para nosotros, maristas, el comienzo de nuestra vocación. Hermanos en torno a la misma mesa, compartimos el trabajo, la oración y la fraternidad; como en la mesa de nuestras familias, nos reunimos para celebrar la vida. Hay, en estas páginas, un deseo de invitar a más personas a sentarse a esa mesa, a tener parte en esta familia marista que Dios quiere seguir bendiciendo.

Contenidos para profundizar

Contexto en el que nace «En torno a la misma mesa»

A partir del Concilio Vaticano II el laicado cristiano comienza a tomar conciencia de su dignidad y de su importante labor en la evangelización.

En torno a la misma mesa

Algunos laicos encuentran en los carismas de instituciones religiosas una fuente de inspiración para vivir su fe y su vida.

Progresivamente se va percibiendo que el Espíritu está pidiendo una nueva relación entre todos los que conformamos la Iglesia basada en lo que nos une más que en lo que separa.

Algo semejante podemos encontrar en la evolución de la comprensión del carisma marista en nuestra familia.

Desde 1985, con la aprobación del Movimiento Champagnat de la Familia Marista en el XVIII Capítulo General hasta hoy, la incorporación de los laicos en la vida y misión marista ha ido creciendo progresivamente: primeros laicos en el XIX Capítulo General; documentos clave del Instituto dirigidos a hermanos y laicos; la Asamblea internacional de Misión Marista con la participación de más de 20.000 laicos y hermanos en unos 2.000 grupos de reflexión; y una amplia diversidad de vivencias: procesos de formación compartida entre hermanos y laicos, comunidades conformadas por maristas con diferentes estados de vida, etc.

Para profundizar sobre este contexto se les ofrecen dos textos básicos:

- La hoja adjunta que habla del contexto eclesial en que ha nacido «En torno a la misma mesa».
- La carta de presentación al documento que escribe el H. Sean Sammon y la Introducción del mismo.

La Iglesia comunión... “Comunidad de Comunidades”.



ANEXO:

Contexto en el que nace el documento «En torno a la misma mesa»

Para hablar de la vocación del laico marista, primero vamos a situar el contexto eclesial en el que nos encontramos. Vamos a describir qué cambios más importantes se han dado en la Iglesia y en el Instituto de los Hermanos Maristas.

El Concilio Vaticano II fue uno de los eventos históricos que marcaron el siglo XX.

Se trató de un concilio ecuménico de la Iglesia católica convocado por el papa Juan XXIII, quien lo anunció en el mes de enero de 1959. Constó de cuatro sesiones, hasta su clausura en 1965.

Fue el Concilio que contó con más representación de todos, con una media de asistencia de unos dos mil padres

conciliares procedentes de todas las partes del mundo y de una gran diversidad de lenguas y razas. Asistieron además miembros de otras confesiones religiosas cristianas.

Este acontecimiento y todos los escritos que se derivaron de él, fueron una maravillosa reflexión, o podríamos decir discernimiento (búsqueda de lo que Dios quiere para su Iglesia), que todavía en muchos de sus aspectos no han sido aplicados en ella, porque supone una reflexión muy avanzada en su tiempo y, sobre todo, porque supone un gran cambio de mentalidad tanto en la manera de considerarse a sí misma como en la de organizarse.

De la Iglesia «pirámide» a la Iglesia «comunidad»

Antes del Vaticano II la Iglesia se veía a sí misma como una pirámide, una «sociedad perfecta» y jerarquizada. Tras el Concilio, se define como una «comunidad de comunidades» o «pueblo de Dios» en torno a una mesa en la que todos están invitados con la misma dignidad. Hablamos entonces de «una Iglesia comunidad».

La realidad a día de hoy es que aunque «oficialmente» se aceptan los planteamientos del Vaticano II, no se viven ni en todas las personas que la componen, ni en todos los lugares.

Por ello, conviven las dos formas de pensamiento y esto es lo que ocasiona los conflictos internos que a veces conocemos.

Sin embargo, en todos estos años, han nacido muchos movimientos eclesiales con una gran diversidad y con un gran dinamismo que reúnen a personas de distintas opciones o estados de vida.

En la Institución marista

También se han dado grandes cambios en la Institución marista.

Pero habría que señalar que el proyecto original en el que se sitúa el nacimiento de los hermanos maristas estaba muy en sintonía con el Vaticano II.

Marcelino Champagnat y sus compañeros de seminario soñaron hacer una familia que llevara el nombre de María.

Así como existía la Compañía de Jesús (los jesuitas), ellos querían plantear la Sociedad de María, en la que hubiera sacerdotes, religiosos y religiosas y seglares (laicos y laicas) formando parte del mismo.

Pero fue una idea demasiado adelantada para su tiempo y el obispo Castracane no dio su aprobación.

Así que fueron desarrollándose los Padres Maristas por un lado, los Hermanos de Marcelino por otro, las Hermanas Maristas y una tercera orden de seglares.

Al principio estaban muy relacionados entre sí, pero al ir creciendo, fueron perdiendo esa relación. Aunque en algunos países aún se mantiene.

Después del Vaticano II, se descubrió felizmente que los carismas son dones del Espíritu para toda la Iglesia y que enriquecía a todos porque cada uno aportaba su peculiaridad al anuncio del Evangelio.

Entre los maristas, la canonización de Marcelino Champagnat hizo más evidente aún que el carisma marista recibido a través de él era un don para toda la iglesia.

El carisma marista, es decir, nuestros rasgos peculiares de vivir el evangelio: amor a María, sencillez, humildad y modestia, amor al trabajo y espíritu de familia, era para todos.

Esto supuso un cambio de mentalidad porque antes se entendía que el carisma era recibido por los hermanos religiosos de forma exclusiva, y éstos a su vez lo compartían con los que tenían alrededor.

Ahora se percibe que el carisma es el centro de la familia que reúne a los hermanos, a los laicos maristas, a las hermanitas maristas....

Todos pueden recibir igualmente ese don, pero cada uno lo encarna en la opción de vida a la que se siente llamado: como religioso, como laico, laica, sacerdote...

La vocación laical

Cuando hablamos de vocación es muy frecuente entender que es algo exclusivo de los religiosos o de los sacerdotes. «*Los laicos y las laicas son los que no tienen vocación*» lo hemos escuchado muchas veces.

Desde esta nueva concepción de la Iglesia–Comunión, todos tenemos vocación. Todos estamos llamados a la santidad, es decir, a ser lo que somos en plenitud.

Algunos escritos de la Iglesia

«Uno de los frutos de la doctrina de la Iglesia como comunión en estos últimos años ha sido la toma de conciencia de que sus diversos miembros pueden y deben aunar esfuerzos, en actitud de colaboración e intercambio de dones, con el fin de participar más eficazmente en la misión eclesial. De este modo se contribuye a presentar una imagen más articulada y completa de la Iglesia, a la vez que resulta más fácil dar respuestas a los grandes retos de nuestro tiempo con la aportación coral de los diferentes dones.»

«Debido a las nuevas situaciones, no pocos Institutos han llegado a la convicción de que su carisma puede ser compartido con los laicos. Estos son invitados por tanto a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del Instituto mismo. En continuidad con las experiencias históricas de las diversas Órdenes seculares o Terceras Órdenes, se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado.» (*Vita Consecrata* 54-56)

«Todos en la Iglesia, precisamente por ser miembros de ella, reciben y, por tanto, comparten la común vocación a la santidad. Los fieles laicos están llamados, a pleno título, a esta común vocación, sin ninguna diferencia respecto de los demás miembros de la Iglesia: «*Todos los fieles de cualquier estado y condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad*»; (43) «*todos los fieles están invitados y deben tender a la santidad y a la perfección en el propio estado*» (44).

«En la Iglesia-Comunión los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común —mejor dicho, único— su profundo significado: el de ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor. Son modalidades a la vez diversas y complementarias, de modo que cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisonomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio.» (*Christifideles Laici* 33, 55).



Estamos llamados a la plenitud de la vida.



Nos preguntamos y compartimos

El hermano Sean nos expresa su deseo sobre el documento:

«Ojalá nos sirva a todos como recordatorio de la vitalidad y viabilidad del carisma que llegó a la Iglesia por medio de Marcelino, y del cual extraemos cada uno nuestra propia identidad de maristas hermanos y laicos».

¿Cuáles son mis sentimientos y deseos al comenzar este itinerario de profundización del documento «En torno a la misma mesa»?

En la hoja adjunta sobre el contexto eclesial se han incorporado algunos párrafos de los documentos «Vita Consecrata» y «Christifideles Laici». *¿Cuáles son las ideas clave que destacarías de cada uno?*



¿Hacia una nueva tierra?

¡Pues parece que sí! Todos sentimos que empieza un tiempo nuevo, que el Espíritu sopla vientos de cambio en la Iglesia, en el mundo marista, en nuestras fraternidades...

Lo sentimos ya con una fuerza clara, con una urgencia que nos empuja a ser audaces y a tomar decisiones...

Se oyen frases como «*Es el tiempo del Espíritu*», «*Es la hora de los laicos*», «*Sentémonos en torno a la misma mesa*». El último Capítulo general lo plasma en una frase, en una imagen: **¡Con María, en marcha, hacia una Nueva Tierra!**

¿Será esa Nueva Tierra encontrar otras maneras de ser presencia de Dios en el mundo de hoy?

Tenemos que estar muy atentos a los signos de «*nuestros tiempos*», como Marcelino hizo en los suyos; buscar «*nuevos caminos*» para poder compartir nuestro gran tesoro: Una vida, plena de sentido en el Dios de Jesús.

Porque, nos esforzamos en educar a los niños y jóvenes en nuestros colegios, tratando de ayudarles a encontrar a Dios en sus vidas, a vivir con los valores de Jesús, a poner por delante a las personas.

Pero luego están inmersos en una sociedad, en una cultura, que pregona y practica todo lo contrario, y cuesta encontrar a Dios.

Los laicos, desde la gran variedad de dones que Dios nos regala, podemos hacer presente a Dios ahí en la misma médula de la sociedad, en las distintas profesiones que desempeñamos, en las distintas responsabilidades que nos toca afrontar, en las relaciones que nos toca vivir; podemos compartir nuestro ser maristas en el mundo.

El don del carisma compartido puede abrir las fronteras de nuestra misión y acercarnos más a la realidad de las personas. **¡Hermanos y seculares juntos, podemos más!**

(Oración del Encuentro europeo de las fraternidades del MCFM. Guardamar, 2010)

Ayúdanos, Padre, a descubrir qué quieres ahora de nosotros, a leer los signos de nuestros tiempos para descubrir qué nuevas tierras nos esperan.

Danos, Padre, audacia y creatividad para saber dejarnos ver en nuestros entornos maristas, sociales y eclesiales..., para saber ser proféticos.

